

Ediciones Biblioteca Films
- serie especial -

Editorial **ALFA**

INGRID ★
BERGMAN

EDVIN ★
ADOLPHSON

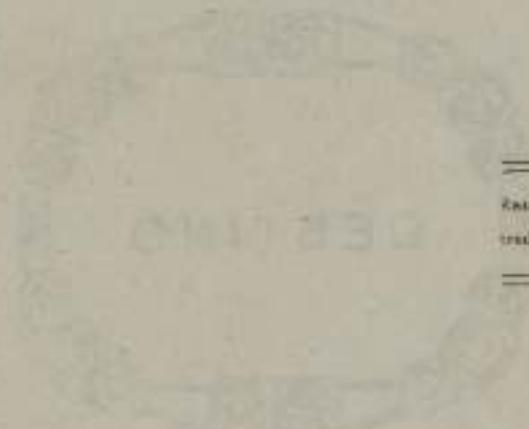


★ DESTINO





DESTINO



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 214 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbarré, 16, Barcelona - Terreno, 4, Madrid

EDITORIAL

"AUS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 367

Núm. 118

DESTINO

Ingríd Bergman se nos presenta en esta película, hecha en Suecia, con toda su suave y cautivadora belleza, bajo la dirección del veterano director Gustaf Molander. La triunfadora de «Recuerda» (Spellbound) «Notorious» (Notoriedad)—aun no estrenada en España—«Las campanas de Santa María» y otras películas, se nos muestra como una sucesora de la Garbo, ya que ha sido clasificada por la Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood como «the star of tomorrow», el valor filmico más sensacional de todos los tiempos.

PROCINES Producción Cinematográfica Española, S. A.

MADRID
Avda. José Antonio, 60

BARCELONA
Rambla Cataluña, 12

PRINCIPALES INTERPRETES

Eva Ingrid Bergman
Valdemar Moreaux . . . Edvín Adolphson
Magnus de Brede . . . Aino Trauber
Helga Mortenson . . . Marianne Lofgren

Director:
Gustaf Molander

Narración literaria por
Armand Molinari

UN CIRCO AMBULANTE

No hace falta recorrer muchos países, ni consultar demasiadas revistas ni libros para darse cuenta de este hecho fácilmente explicable: las diversiones de las capas sociales económicamente débiles difieren muy poco de unos países a otros y aun de unas épocas a otras. Su propia elementalidad las hace eternas en el tiempo y universales en el espacio. Hay, sí, diferencias de matiz: el alcohol tiene más grados en unos puntos que en otros, los naipes, diversas figuras... pero, en definitiva, hay poca variación.

Una verbena es próximamente igual en Navalcarnero que en Pequín; tirovivos, tubo de la risa, tiro al blanco, etc. El circo «Mortenson», establecido en las márgenes del río Dalp Elp (Suecia), no era muy diferente de los que hemos tenido ocasión de ver por estas latitudes. Allí estaba el conocido tirovivo, con sus caballos que suben y bajan y su musiquilla bullanguera. Allí también el tiro al blanco, con sus hileras de botellas excitando la avaricia de los tiradores. Allí «La fuerza del hombre» con su pesado carril que siempre se detiene ante el pistón final, defrau-

dando a los jovencitos creyentes en su fuerza. Allí, por fin, los tenderetes de baratijas y golosinas, los juegos de adivinación, los churros, las rifas...

—¡Venid a demostrar la fuerza de vuestros brazos!—clamó Olsson, ensayando con el carril sobre sus pequeños rieles—. Un golpe para la novia y otro para la patria. Seis tiros, veinticinco céntimos. ¡Un realito nada más!

(Claro que esto sucedía antes de la guerra.)

La multitud de curiosos se agolpaba en torno a cada uno de los juegos. Un hombre, viejo y pequeño, sin duda un poco bebido, se acercó.

—Tómelo con calma—le dijo Olsson sonriendo—. No tema, buen hombre, no se rompe.

El tiro falló: no llegó ni a la mitad del camino. Entre la hilaridad de los circunstantes, Olsson le consoló:

—Tendrá mejor suerte la próxima vez. ¡Demuestran que tienen fuerza en los brazos! ¡A real los seis tiros!

En la barraca del tiro al blanco, Rosa, una muchacha joven y atractiva, novia de Olsson por más señas, se acercó zalamera a uno de los tiradores.

—Ha sido una serie magnífica. Veo que es usted un buen tirador.

—Nada de eso—protestó el aludido inclinándose sobre ella por encima del mostrador—, pero es natural que se dé en el blanco si usted la carga, señorita.

—Pues tome otra serie. ¡Va! ¡Otra serie! ¡Seis tiros veinticinco céntimos!—dijo, ofreciéndole el fusil, y añadió al observar su gesto negativo—: Qué, ¿no quiere usted otra serie?

—Si la señorita me acompaña...—concedió al fin—.

—¡Qué más quisiera usted!—exclamó Rosa riendo.

Olsson, a diez metros de distancia, observaba toda la escena y no con buenos ojos precisamente.

—Dígame—preguntó a Rosa el recalcitrante muchacho—: ¿Cuál es su dirección por si pensara escribirla?

—¿Mi dirección?—exclamó con énfasis—. Camino del amor, número 18, cuatro besos a través de la reja...

—¡Ah, caramba!—dijo entusiasmado—. Entonces, en vez de escribir iré yo mismo.

—Sí, venga—asintió Rosa burlona—, pero no estoy nunca en casa.

El joven se marchó decepcionado.

Olsson, un tanto molesto por la facilidad con que su novia hacia amistades, no hacía más que dirigirle miradas torvas de censura.

—Pero, ¿cómo funciona esto?—preguntó otro, indicando el fusil que Rosa le ofrecía.

—El buen tirador se fija siempre en el punto de mira.

—Pero, dígame, señorita: si doy en el blanco, es decir, en aquel corazón, ¿me dará un premio extra, señorita?

—Sí—contestó Rosa haciéndole un guiño pícaro—; una noche oscura, cuando nadie nos vea...

—¿Tiene que ser muy oscura?—preguntó esperanzado.

—¡Ya lo creo! ¡Obscurísima!—y rompió a reír.

—¡Rosa!—gritó Olsson fuera de sí.

—¿Qué pasa?—preguntó sorprendida y malhumorada.

—¡Tranquilidad, tranquilidad!—aconsejó Olsson—. Cálmate.

Pero posiblemente lo más atractivo e interesante del circo no fuera ni «la fuerza del hombre», ni la rueda de la fortuna, ni el tiro al blanco donde Rosa repartía sus condescendencias, sino el tiiovivo: un muchacho alto, bien parecido, embutido en su llamante uniforme de terciopelo rojo lleno de antorchados y que con voz clara y persuasiva, además distinguido y palabra fácil, invitaba a los concurrentes:

—¡Señores, apresúrense! ¡Aquí! ¡Largos y magníficos paseos! Aprovechen mientras el tiiovivo de «Mortenson» les concede el honor de una visita. ¡Este es el buen camino! ¡Pasen, señores, pasen! Todavía le quedan algunos billetes a la señora Mortenson, que piensa venderlos a cualquier precio, con una sonrisa en sus labios de rosa... sólo para complacerles a ustedes. Nadie podrá aburrirse mientras el tiiovivo de «Mortenson» siga dando vueltas. ¡Arriba, muchachos y muchachas, grandes y chicos, condes y

barones! ¡Aquí hallaréis los altibajos de la vida, pero siempre riendo! ¡Riendo! ¡Venid!

Al menos, la impresión que causó en dos extraños visitantes de aquella verbena, no pudo ser más satisfactoria. Se trataba de un hombre y una mujer, que desde lejos contemplaban la fiesta. Ella, joven y hermosa, él, anciano y señorial.

—¿No quieres subir y galopar, conde?—ofreció ella un tanto burlona.

—Muchas gracias—contestó el aludido sin darse por ofendido—. Prefiero mirar.

—¿Te interesa este bullicio?

—No—replicó intrigado—. Lo que me interesa es aquel joven del tióvivo, embutido en ese uniforme un poco original.

—¡Ah!—exclamó, fingiendo severidad—. Los ojos del coronel han descubierto que el uniforme no es reglamentario.

—¡Oh, no, no es eso!—negó el coronel riendo la gracia, y añadió pensativo—: No lo sé con certeza. Pero es que me parece haberle visto antes, en alguna ocasión durante mis paseos nocturnos... Además, quisiera averiguar si estos charlatanes tienen permiso para timar, en mi propiedad, los céntimos tan penosamente ganados por mis campesinos—terminó algo malhumorado.

—Tío Magnus. No olvides el axioma de la economía nacional—adoctrinó la joven—, la rapidez de la circulación de los billetes está en proporción directa con el bienestar del país, según dice Canman en su «History of the Theories of production»...

No pudo acabar su perorata. Con un gesto de aburrimiento acusador, el coronel cortó:

—¡No, no, querida Eva!... déjame en paz con tus fantasías de economía nacional.

—Como quieras—aceptó Eva contrariada.

—Vámonos a casa—dijo el coronel, dirigiendo una última mirada al tióvivo.

Aun escucharon, al marchar, su voz que reclamaba de nuevo:

—¡Daos prisa! ¡Aun quedan buenas plazas! ¡Aprovechen esta ocasión única! ¡Este es el buen camino! ¡Venid!

* * *

Cuando Valdemar Moreaux—éste era el curioso nombre por el que atendía el hombre del tióvivo—entró en la barraca de Helga Mortenson, la propietaria de todo aquel tinglado, se encontraba de muy buen humor. Era temprano y Helga todavía no se había despertado. Al entrar y contemplarla dormida, Valdemar meneó la cabeza con impaciencia, y dirigiéndose a la pequeña cocina se dispuso a hacer el café.

Sin el menor cuidado por la bella durmiente, comenzó a silbar mientras preparaba el desayuno. Helga debía tener un sueño muy placido y desde luego bastante profundo, porque ni el ruido de los cacharros ni el impertinente silbido de Valdemar lograron despertarla. Tuvo que ir él y darle un empujón para que se abrieran sus ojos.

—¡Mortenson, levántate!

—¡Bah, estás loco!—exclamó la aludida desmerezándose.

—¡Arriba, gandula!—amonestó él con cariñosas aspereza—y tomarás una taza de café, que ya está hecho.

Helga se incorporó en la cama y poniéndose en jarras le increpó:

—¿Te figuras que puedes tratarme de cualquier modo? Pues te equivocas, aunque te quiera un poquitín...

—¡Anda, ponte los trapitos y aprisa!—dijo sin escucharla—. Si no, habrá paliza.

—¡Oye!—protestó Helga—. ¿Qué modales son esos? No olvides que es mi coche y mi «tívoli». Y aquí yo hago lo que me dé la gana. Estas son las gracias por haberte sacado del arroyo... casi...

Valdemar no hizo caso de la reclamación y prosiguió con su tema.

—Oye, tú, Mortenson, nunca aprenderás a fregar bien los platos. Verdaderamente, eres un corderito... ¡Yo te enseñaré!—terminó amenazándole sonriente.

—Helga, mientras se ponía la bata, seguía refunfuñando.

—¿Quizás te crees el amo! Pero mientras cobres el jornal que yo te pago tendrás que sujetarte a mis órdenes.

—Bueno, ven ahora a tomar el café. ¡Date prisa!

—¿Qué te pasa?

—¡Acaba de discutir sobre el jornal!—exclamó un poco incomodado.

—¿Discutir?

—Tengo derecho a ello, después que me ocupo del tióvivo y de la gente...

—Pero, oye, tú que...—tartamudeó Helga confusa y enfadada. Valdemar se echó a reír y cortó:

—Lo que tú necesitas es un poco de... Que yo te dé de vez en cuando... Lo hago completamente gratis; gratis, he dicho. ¡Porque se puede!

Y acompañó sus palabras con ademán de pegar azotes. Helga rió de buena gana, y sentándose frente a él en la pequeña mesa del barracón le preguntó con la ingenua inquietud de una pávula:

—Oye, ¿estás enfadado conmigo?

—¡Qué tonta eres, Mortenson!—protestó Valdemar, y agregó reconviéndola con el dedo—: Pero tengo que vigilarte, y la próxima vez que fringues lo haces bien, si no...

—Oye, si prometo hacer todo lo posible, ¿me darás un beso por adelantado?—preguntó Helga mimosa.

Valdemar, con el pan tostado todavía en la boca, se inclinó a través de la mesa sobre Helga y depositó en su boca un ruidoso beso.

—¡Gracias!—dijo Helga sonriente—. Y gracias también por el café.

—Así me gusta...—comentó Valdemar tomando una nueva tostada.

Estuvieron unos minutos en silencio. Helga, que no sabía cómo abordar el tema, se decidió por fin a preguntarle:

—Dime, Valdemar... he pensado varias veces en que... tú que eres una persona formal y seria... ¿Por qué no nos casamos?

A Valdemar no le sorprendió mucho la pregunta y respondió con la mayor candidez del mundo:

—¿Y con qué voy a casarme?

—Tenemos el «tivolix»—arguyó Helga como quien dice la cosa más natural.

—¿Tenemos? Escucha, pequeña Mortenson; soy sencillo y rústico... pero aunque me guste una viuda joven y bonita, que ha heredado una libreta de la caja de ahorros, un «tivolix» y algo más, no pienso dejarme mantener por ella toda la vida. ¡No conoces al que tienes delante!

—No digas eso, Valdemar—repuso Helga con un mohín de disgusto—; creeré que no me quieres.

—¿Estaría entonces aquí, mimándote y preparándote el café en mis horas libres? ¿No he estado contigo y el tiovivo durante casi medio año? Te aseguro que pocas veces me he quedado en un sitio tanto tiempo.

Decía la verdad. Era como un pato silvestre; recorrió multitud de países y oficios sin encontrar nunca su destino y se había hecho a la idea de no encontrarlo nunca. Empero, Helga no se quiso dar por vencida.

—¿Y por qué ahora no puedes volverte formal?

—Tú no lo puedes comprender—respondió Valdemar con un cierto dejo de superioridad—. Pertenesco a los que vienen de la nada, no son nada... y ¡bah! ¡el diablo lo sabe! Antes—continuó como hablando consigo mismo—las gentes recorrían las carreteras hasta que terminaban en el foso; pero ahora, cada persona puede ocupar un sitio en la sociedad. ¡Y busco ese sitio!

Y al decir esto se levantó, dirigiéndose a la puerta. Helga fué tras él.

—¿No crees que está aquí, Valdemar, conmigo?—preguntó animada—. ¿No podríamos ser felices?

—Lo creo—afirmó Valdemar, y en seguida, echándolo a cha-cota, la reprendió—: ¡Pero no mientras lleves agujeros en las

medias! Ten la bondad de zurcirtelas. Antes, no esperes ninguna amabilidad de mi parte.

Helga se ruborizó y se sentó junto a Valdemar en la escalerilla que daba acceso al barracón. Valdemar sacó un cigarrillo y lo encendió: gustaba de meditar mientras fumaba un pitillo después del desayuno. Helga, entre tanto, incapaz de hondas meditaciones, se dedicó a fisgar con la mirada el horizonte. Encontró algo sumamente interesante: un hombre que, con mil remilgos, sorteaba los obstáculos que la red de piezas puestas a secar ocasionaba, acercándose hacia ellos.

—¿Quién es ese hombre?—interrogó Helga.

—¿Quién?—preguntó a su vez Valdemar.

—Ese de ahí—respondió la viuda señalando a aquella especie de salteador con hongo.

Valdemar logró por fin localizarlo y le faltó tiempo para gritarle:

—¡Oiga! ¿Qué desea usted?

—¡Busco al propietario del tióvivo!—respondió el extraño visitante.

—¡Adelante, entonces!

Entretanto llegaba a ellos, comentaron un tanto sorprendidos.

—¿Quién será? ¿Qué te parece?

—¡Qué se yo!—respondió Valdemar quitándole importancia.— ¡Un bicho raro! Podría ser un policía vestido de paisano o algo por el estilo.

—Pero, oye—preguntó Helga un poco asustada.— ¿No tienes nada que...?

—¿Que temer?—interrogó Valdemar.— ¡Ni pizca! ¡Como no me hayas denunciado por malos tratos!

—¡No!—exclamó la Mortenson con una seriedad sumamente graciosa.

—Vamos a ver lo que quiere ese tipo—dijo por fin levantándose ante la proximidad del aludido. Helga le acompañó.— El hombre que usted busca—añadió dirigiéndose a su visitante— probablemente soy yo. ¿De qué se trata?

El hombre (cara afable pero seria, vestido negro y el clásico hongo), tras carraspear un poco, respondió:

—Me llamo... hum..., me llamo Hagberg. Soy mayordomo del coronel De Brade, en cuyos dominios han levantado ustedes eso...—dijo señalando todo el contorno abarrotado de tinglados y barracones—sin su autorización.

—¿Sin autorización?—preguntó asombrado.

—Sí—contestó Hagberg con cara de «poker».

—¡Ya decía yo!—exclamó Valdemar por decir algo, dirigiendo una mirada acusadora a su compañera—. ¡Esta Mortenson! ¿Y ahora qué?

—El coronel desea que se presente usted hoy mismo en su casa—prosiguió el mayordomo con su hablar cortés e inexpressivo.

—¡Ay, ay!—dijo Valdemar meneando la cabeza disgustado—. ¿Cree que yo soy el culpable de todo? Bien, bien... Iré. Dígame, ¿a qué hora es el fusilamiento?

Valdemar no perdía el buen humor jamás. El mayordomo, acostumbrado a otro trato, se encontraba algo molesto.

—El coronel quiere verle a las doce y debo advertirle que el coronel no está acostumbrado a esperar.

—Salude al coronel y dígame que no acostumbro a llegar demasiado tarde: en esto somos de la misma opinión.

Hagberg, creyendo cumplida su misión, se retiró haciendo un cortés saludo.

—¡Buenos días!...

—¡Morning! —respondió Valdemar con una inclinación. Y agregó al reparar en el tiovivo—. Si ahora funcionara hubiera podido invitar a usted a dar una vuelta en el tiovivo.

Ante aquella especie de falta de respeto Hagberg ofendido, pero siempre correcto, exclamó secamente:

—¡Gracias!

—¡Gracias a usted por la visita!—respondió Moreaux riendo al verle desaparecer entre la ropa tendida.

Se volvió hacia Helga que bajó los ojos un poco avergonzada.

—Mortenson, ¿eres tremenda! ¿Cómo puedes introducirte en una propiedad ajena sin autorización?

—Siempre hemos estado aquí sin pedir autorización—respondió la aludida con la mayor simplicidad.

Valdemar la miró de hito en hito.

—¿Eso no soluciona nada! Bueno, por esta vez te sacaré del apuro. Si supiera como...—dijo golpeándose en la frente—. ¡Ah, sí! Será un viejo militar a quien le gustarán los uniformes. ¡Limpíame el uniforme del tiovivo, Mortenson! ¡Date prisa, muchacha! A limpiar charreteras y galones.

UNA ENTREVISTA

El palacio del coronel De Brede era una suntuosa mansión, edificada hacia cuatro generaciones, en tiempos del Mariscal Gustavo De Brede, primero de aquella estirpe militar.

El coronel De Brede, retirado ya del servicio activo, se pasaba la vida en aquella su casa solariega, añorando tiempos mejores y preocupado por un hondo problema sentimental: la estirpe de los Brede se extinguiría con él. Casi había logrado hacerse a la idea cuando vió a Valdemar en el Circo. Un vago presentimiento le asaltó entonces: aquel muchacho jovial y campechano, que en medio de la ordinarietà ambiente conservaba un cierto gesto de distinción, pudiera ser...

Eran ya cerca de las doce cuando Eva Beckman, su pupila y sobrina, vino a interrumpir su meditación. Le encontró mirando pensativo a un retrato que le hicieron a su padre en su juventud. Con su uniforme de húsar sembrado de condecoraciones y entorchados, el parecido con Valdemar era realmente extraordinario.

Eva se había puesto el traje de montar para dar su paseo matinal a caballo. «Claude», un hermoso perro lobo de imponente

aspecto, la acompañaba. Cuando entraron en el despacho, el coronel De Brede se volvió hacia Eva e indicándole el cuadro le preguntó:

—¿Qué me dices? ¿No es maravilloso el parecido?

«Claude» comenzó a ladrar de impaciencia.

—Sí, sí, ya nos vamos, «Claude», tranquilízate—le dijo acariciándole. Y agregó dirigiéndose a Magnus—. Naturalmente, será pura casualidad.

—No creo en tales casualidades—repuso el coronel—. Y sea como sea, hablaré con él hoy mismo. ¡No puede ser una casualidad!

Eva se le quedó mirando con expresión de incredulidad. Después, se dirigió a la puerta no sin antes despedirse:

—Pues buena suerte con las investigaciones sobre el parentesco. ¡«Claude», vamos!

—¡Adiós! No te olvides del almuerzo—recomendó De Brede.

—No, descuida. Volveré en seguida—contestó al tiempo que cerraba la puerta tras sí. Al salir, Bodin, el mozo de cuadra que se hallaba al pie del caballo, dispuesto para el paseo, saludó:

—Buenos días, señorita Beckman.

—Buenos días, Bodin.

En el momento de ponerse los guantes vió a Valdemar que, con paso decidido y un cierto aire marcial en su porte, se acercaba. Y vió también otra cosa: que «Claude», el perro lobo, corría hacia él con muy dudosas intenciones.

—¡Quieto, «Claude»!—gritó—. ¡Cuidado! ¡Que muerda!

Su advertencia resultó completamente inútil. El perro se abalanzó hacia él; pero, en vez de morderle, le lamió el traje y se dejó acariciar. El contacto con toda clase de animales y su cariño hacia ellos (cariño que todo can que se precie, adivina) le granjeaban cuando no su amistad, al menos su completa inocuidad. Valdemar tenía, como si dijéramos, un gran trato de perros.

—Me parece que no será tan malo como dice, señorita—dijo al fin.

—No, pero con todos no traba conocimiento tan pronto—re-

puso Eva—. ¡Ven aquí, «Claude»! ¿Dessa usted hablar con el coronel De Brede?

—Sí—respondió Valdemar, limpiándose el traje—. Soy del ti vivo de Mortenson.

—¿Y se atreve usted a venir aquí con ese uniforme?— preguntó maravillada de su atuendo—. No debe usted temer ni a los animales ni a las personas.

—¡Oh, no! Nunca muerden si se las trata bien.

—Tal vez—reconoció Eva—. Pero el coronel tiene la piel más dura que este. ¡Vaya usted con mucho cuidado!

—Lo agradezco el consejo, señorita. ¿Me permite usted también que le dé un consejo?

—¿Por qué no?—preguntó Eva, subiéndose a su montura.

—Si usted acorta en dos agujeros los estribos, facilitará los movimientos al caballo en campo abierto—afirmó Valdemar, adoptando el aire de un experto en la materia.

—¿Usted cree?—preguntó aún Eva, un poco zumbona.

—¡No cabe duda!—aseguró Valdemar—. Puede usted fiarse de un domador de caballos.

—Pues lo probaré la próxima vez.

Y diciendo esto, picó espuelas, no sin antes dedicarle una amable sonrisa de despedida. Valdemar se quedó unos instantes mirándola y, tras de admirar su dominio de la equitación, se volvió a Bodin para preguntar:

—¿Es la hija del coronel?

—No—respondió el interrogado—. El coronel es sólo tutor de la señorita. Acostumbra a estar aquí durante las vacaciones.

—¡Ah!—hizo Valdemar por todo comentario.

Sin esperar más, subió de tres en tres los escalones y penetró en la casa. Hagberg, el imperturbable mayordomo, le abrió la puerta.

—Tenga la bondad de esperar un momento—rogó Hagberg con su corrección habitual, dirigiéndose hacia el despacho del coronel—. Sólo un momento, voy a anunciarle.

Valdemar le detuvo y echándole a un lado se adelantó él, diciéndole:

—Comprenderá que estoy acostumbrado a anunciarme yo mismo.

Una verdad de lógicas incontestable. Llamó con los nudillos sin que Hagberg, que consideraba aquella intromisión en sus deberes un poco inoportuna, pudiera impedirlo.

—¡Adelante!—se oyó la voz del coronel.

Hagberg le abrió la puerta.

—Tenga la bondad—indicó.

—¡Muchas gracias!—respondió conmovido Valdemar.

Entró.

—Coronel—dijo cuadrándose—. Soy Valdemar Moreaux. El encargado del tióvivo de Mortenson.

—Buenos días, buenos días—saludó De Bredé, aparentando contrariedad.

—Perdone, coronel, que venga con uniforme—prosiguió Valdemar—; pero como estoy de servicio, he creído que... Bueno, soy yo quien lleva el negocio de Mortenson.

—¿Es usted, pues, el propietario de la feria?

—¡Oh, no! La señorita Mortenson es la propietaria. Yo no soy más que su «secretario», como suele decirse. Pero si le hemos faltado en algo, yo me hago responsable.

—Ustedes se han introducido en mi propiedad sin autorización.

—Es verdad. Mortenson es descuidada, debo advertirlo, coronel. Se ha acostumbrado a navegar contra el viento como decimos en el mar. Pero ya mejorará, se lo prometo.

El carácter abierto y jovial y lo desenvuelto de las maneras de Valdemar causaron una viva impresión al coronel. Picado de la curiosidad, le preguntó:

—¿Es que ha sido usted marino en otros tiempos?

—Yes, Sir—respondió Valdemar—. Eso mismo. Y algo más: «cow-boy», «vagabundo», o trotamundos, como se dice ahora, y militar.

—¿También ha sido usted militar?

—¡Ya lo creo, mi coronel!—aseguró—. Cinco años en la Legión Extranjera.

—¡Caramba! Ya me parecía que había algo en sus modales, en su porte... ¡Venga, siéntese! —ofreció el coronel, entusiasmado.

Valdemar aceptó gustoso.

—¡Gracias, mi coronel! Ese uniforme es parecido al mío—dijo al reparar en el cuadro—. Claro que el mío es más abigarrado. ¿Quién es?

—Mi padre, el general Hans de Brede. Cuando pintaron este cuadro era jefe de húsares.

—Un hombre muy apuesto—comentó Valdemar—. Quiero decir que hay algo en nosotros los jinetes...

—Veo que usted conoce los caballos—cortó De Brede, admirado.

—Exacto. ¡Y no sólo los caballos del tiovivo! Y a propósito—dijo, levantándose—. ¿Qué haremos ahora de la feria? ¿Tenemos que hacer las maletas y marcharnos?

—Vamos—dijo sonriente el coronel—, por una vez será indulgente. Pero la próxima vez tendrá que pedir permiso. ¡Destesto la negligencia!

—Yo también, mi coronel.

Hubo unos instantes de silencio. Valdemar no se atrevía a dar por terminada la entrevista.

—Bien—dijo De Brede, reanudando la charla—. Parece que es usted un pájaro del bosque que ha probado un poco de todo.

—Así es—reconoció Valdemar, sorprendido de que siguiera escuchándole el coronel.

—¿Fuma usted?—preguntó De Brede, ofreciéndole un cigarrillo.

—Muchas gracias, coronel—aceptó.

—Tome usted asiento—insistió su amable interlocutor.

—Gracias.

Se aplastó de nuevo. Encendieron los cigarrillos y tras unos momentos de silencio, el coronel habló:

—¿No será una vida muy vacía a la larga? Suele decirse que en la piedra que rueda no crece el musgo.

—Sí, es verdad—reconoció Valdemar—; pero... todavía no he encontrado sitio donde echar raíces.

—¡Conozco a estos jovencitos de cuando estaba en activo! —repuso el coronel con un gesto de suficiencia—. Buenos, ¡pero inflamables!

—Reconozco que suelo enfadarme, pero es que en tales casos quiero que la razón se anteponga a todo.

—Supongo que de eso todos se darán cuenta —sugirió el coronel.

—Sí, claro; en el caso de que alguna vez sepan lo que es tener razón. El coronel comprenderá... —aclaró Valdemar—. He vivido entre gente sencilla. La lealtad está a prueba de bomba, pero el honor falta... Verá: les parece que si un pobre diablo desea un hueso, tiene que aceptar el ser tratado como un perro. Pero a mí eso no me convence.

—¿El honor dice usted?—preguntó el coronel, extrañado—. ¿Piensa usted en el honor? Entonces seguramente habrá tonido una buena educación, ¿no?

Valdemar hizo un gesto de disgusto.

—No debe uno hablar mal de sus padres; pero hubiera podido disfrutar de una educación mejor.

—¿Quién era su padre?

—¡No sé!—respondió Valdemar con trágico laconismo.

—¿Ah!—suspiró el coronel, impresionado—. Si es así, será...

—¡Justamente, mi coronel!—abrevió Valdemar—. ¡Un cualquiera! Es la historia de siempre. Un joven oficial pasó una noche alegre y yo pagué el pato. Una sola noche, sí. Después puso unos billetes sobre la mesa y desapareció. Y lo demás a mi cargo.

—¿A su cargo? ¿Por qué?

—Me dió algo de su sangre exótica y yo resulté... ni carne ni pescado: demasiado fino para la gente humilde y demasiado humilde para la gente fina. Por ello soy un poco bohemio; pero tengo que afirmarme a la tierra aunque lleve las suelas.

El desenfado con que trataba cosas tan amargas le impresionó tristemente al coronel. Sólo pudo decir tras una pausa molesta:

—Lamento oír a una persona joven hablar de eso modo.

—¡La experiencia!—comentó Valdemar con amargura.

—¿Y su madre?—preguntó el coronel, en cuyos ojos brilló un extraño fulgor.

—¿Mi madre? ¡Un ángel!—musitó—. Pero la recuerdo vagamente. Era una cupletista de variedades... la llamaban «Matilde la Rubia»... Sí, no es un nombre bonito... ¡Pero todo tiene arreglo! Gracias a Dios, he heredado una gran ración de buen humor de mi tío, el famoso payaso Moreaux... Y esto me ayuda mucho en la vida. Pero—terminó, levantándose definitivamente—no quiero molestar más al coronel con mi charla. Adiós y muchas gracias por permitir a Mortenson permanecer aquí. ¡Adiós!

El coronel le detuvo un instante, levantándose él también:

—¿No, espere! ¿Cuánto tiempo permanecerán ustedes por aquí?

Valdemar hizo un pequeño cálculo mental.

—Habíamos pensado tres días más—concluyó—. Pero entonces habrá terminado la temporada.

—Y, ¿dónde piensan ir ustedes?

—Los otros se quedan—contestó Valdemar tras una vacilación—; pero yo estoy pensando en el mar.

Dirigió una última mirada al retrato del general Hans de Breda y comentó:

—¡Qué hombre más gallardo! ¿Qué dice ahí debajo? Debe estar en latín—preguntó, señalando un lema escrito en la parte inferior del lienzo.

—Es el emblema de mi familia—aclará el interpelado—. «Gloria... Patria mea». Que significa: «Mi patria, mi honor».

Valdemar esbozó una sonrisa que bien pudiera ser de desprecio. Al fin, extendió su mano al coronel.

—Bueno, muchas gracias, coronel, por no haber exigido nada a Mortenson. ¡Adiós!

—¡Adiós! ¡Adiós!—despidió el coronel.

—No se le quebró la voz de milagro. Fuese a la ventana para verle marchar. En aquel preciso momento llegó Eva, de regreso de su paseo a caballo.

—Tío Magnus—dijo al entrar—. Has investigado, y ¿qué has encontrado?

Por toda respuesta, Magnus de Brede le preguntó, señalando a Valdemar que se alejaba por la carretera:

—¿Sabes quién va por ahí abajo?

—Pues el que mejor dirige el tiovivo—respondió Eva con simpleza.

—¡Exacto!, el del tiovivo—dijo el coronel. Y añadió resuelto, volviéndose a Eva—: ¡Valdemar de Brede!

—¿Qué dices?—preguntó asombrada.

—La verdad, sólo la verdad—respondió Magnus calurosamente—. El joven que acabas de ver es mi hijo.

Eva estaba abrumada. Aquella confesión era tan sorprendente y tan sin sentido, que no tuvo más remedio que preguntarle, un poco violentamente:

—¿Qué pruebas tienes?

—Ninguna, que él sepa. Pero él mismo es una prueba viviente.

—¡Bah!—exclamó Eva—. Eso es una suposición.

—No es ninguna suposición.

Se sentó en la esquina de la mesa y posando sus flacas y rugosas manos sobre los hombros de Eva, en ademán confidencial—prosiguió:

—Eva... desde que estás bajo mi tutela, disfruto de tu confianza...

—No he tenido otro confidente—afirmó ella.

—Y ahora—continuó—no me queda nadie más que tú. ¡Si fueras mi hija, quizás no lo haría! Y tú tampoco comprenderías... pero ahora lo comprenderás... tú, que eres una muchacha razonable e inteligente...

Carraspeó un momento buscando las palabras y por fin... comenzó a relatar:

—En Cristiania, a principios de siglo, algunos camaradas del Regimiento y yo nos presentamos una noche en el «Djurgardena», un humilde teatro de variedades...

UN BANQUETE Y UNA RISA

—¡Mortenson! —llamó Valdemar, lanzándole una pieza—. ¡Atención!

Habían lavado la ropa y Helga la estaba poniendo a secar, ayudada por Valdemar. Cogió en el aire la pieza que éste le tiraba y agobiada por su rapidez le advirtió:

—No tengo más que dos brazos para trabajar. Has de tener paciencia.

—Te pesa la grasa, ¿eh?—dijo Valdemar con sorna.

—La grasa...—iba a soltarle una de fresca cuando por encima de una de las sábanas tendidas al sol apareció la cabeza de Hagberg, el mayordomo del coronel De Bredé—. ¿Qué querrá éste otra vez?

—¡Buenos días!—saludó Hagberg con expresión afable.

—¡Buenos días! —contestó Valdemar—. Estamos bien, ¿y usted?

—Muy bien, gracias ...El motivo que haya venido es que el coronel...

—... se ha arrepentido!—cortó Valdemar, creyendo adivinar la causa de tan temprana visita—. ¡Está bien! Haremos las maletas y nos iremos esta misma noche.

—No, no se trata de eso—negó Hagberg con satisfacción—. Vengo con una oferta.

—¿Para la feria?—exclamó Valdemar entusiasmado. Y añadió sin darle tiempo a contestar, dirigiéndose a Helga—. ¡Aprieta, Mortenson! Cincuenta mil al contado ¡y además que me incluyan a mí!

—La oferta se refiere justamente a usted—prosiguió Hagberg sin hacer caso de la interrupción—. El coronel ha oído que se interesa usted por los caballos.

—Bueno, ¿y qué?

—El coronel necesita un hombre para su caballeriza. Posee unos caballos de muy buena raza y quisiera saber si a usted le gustaría...

—Salude usted al coronel—terció Helga, poniéndose en jarras—, y dígame que yo me opongo. Yo también lo necesito.

—No, Mortenson, ¡cuidadito! ¿Qué pensarían de nosotros?—reconvino Valdemar.

—Yo no pienso nada malo—dijo sonriente Hagberg—. Yo mismo he estado casado.

—Pero nosotros no estamos casados—aclaró Helga—. Ahí está lo malo. ¡Cualquiera podría quitármelo!

—Tranquilízate, chiquilla—repuso Valdemar—. Así podríamos casarnos. Con ese trabajo, tal vez podría mantener mujer y siete u ocho hijos.

—El caballerizo del coronel—explicó el mayordomo— tiene un buen sueldo y dispone de una casita...

—¿Has oído, Mortenson?—Una casita para él solo... ¿Dígame? ¿Cuándo hay que contestar al coronel?

—Lo más pronto posible; el coronel se va dentro de un par de días...

—Lo pensaré hasta esta noche—dijo Valdemar—. Entretanto, dele muchos recuerdos y dígame que agradezco la oferta.

—Así lo haré. ¡Adiós!

La cabeza de Hagberg desapareció de nuevo tras la sábana.

—¡Adiós!—saludó Valdemar. Y agregó, encarándose con Helga—: ¿Te parece mal todo esto?

—¿Mal?—preguntó airada—. ¡Idiota!

—Pero, ¿por qué? Fíjate... una casita propia y no tener que ir rodando por las carreteras en un carronato de titiriteros.

—¿Un carronato de titiriteros?—Helga estaba soliviantada por la actitud de Valdemar y dió rienda suelta al tropel de sentimientos e ideas que se agolpaban en su espíritu—. Es la vida que a mí me gusta, ¿me oyes? He nacido en un carró como éste y quizás muera también en uno de ellos. Pero, «ir rodando por las carreteras» es quizás demasiado vulgar para ti. Sin embargo, cuando no tenías otra cosa, entonces todo iba bien... ¡Dios mío! ¡Entiértrate en una casita! ¡A ver cuánto tiempo lo aguantas! ¡Mi hogar, un carronato de titiriteros! ¡Habrás visto!

Valdemar se quedó un poco parado ante aquella avalancha de acusaciones y reniegos. Helga dió media vuelta y se metió en el carronato, cerrando la puerta tras de sí. Valdemar, recordado de su asombro, se fué en su seguimiento. La puerta había sido cerrada con pestillo. Llamó con los nudillos.

—¡Mortenson!... ¡Oye, Mortenson!

Se sentó en la escalera un poco desanimado. Al poco rato, la rubia cabeza de Helga, todavía ceñuda, apareció en una de las ventanas:

—¿Qué quieres?

—Oye, tú...—empezó Valdemar, volviéndose. No terminó, porque la rubia cabeza desapareció.

Al instante se abrió la hoja superior de la puerta y surgió de nuevo Helga, preguntando:

—¿Quieres una taza de café?

Valdemar sonrió:

—Eres una perla, Mortenson, una fantasía. ¡Claro que quiero café!

* * *

Después de meditarlo detenidamente, Valdemar resolvió aceptar el empleo que el coronel De Bredé le ofrecía.

Aquella noche, Helga dispuso una fiesta de despedida en su

honor. Fueron invitados Rosa y Olsson. Dentro de la estrechez del carramato y más aún de las posibilidades de aquellos titiriteros, Helga se desvivió por hacer el banquete lo más abundante y agradable posible.

Valdemar se hallaba muy contento y se esforzó durante toda la comida en comunicar su alegría a Helga, que no podía reprimir su tristeza, y a la otra pareja, que parecían estar desavenidos.

—¿No quieres beber?—preguntó Valdemar a Helga.

—No, muchas gracias—declinó la interpelada—. Tú tampoco deberías tomar nada más. Termina, mientras te dura el buen humor.

Rosa, fuese por efecto de la bebida o por otras causas que el narrador de estos hechos no se atreve a investigar, parecía pendiente de los labios de Valdemar, y no hacía más que festejarle, dirigiéndole enternecedoras miradas, cosa que Olsson no podía ver con buenos ojos.

—Deberías celebrarlo—acusó Rosa— y no molestarte porque esté de buen humor.

—¡Claro que sí!—corroboró Valdemar—. Hoy celebramos la fiesta de despedida. ¡Muchas gracias a todos! ¡A la salud de todos ustedes!—exclamó, levantando su copa—. ¡Ha sido un verano excelente... y no menos excelente para tu caja, Mortenson! Yo tampoco debo quejarme, porque he encontrado un empleo. ¡A la salud de ustedes! ¡Este es el buen camino!

Bebieron.

—Eres un hombre de suerte—comentó Rosa, encandilada—. Y no sólo en el Amor.

—¿Te parece?—preguntó Valdemar, orgulloso.

—Si se puede llamar suerte perder la libertad y vivir bajo el mando de otros...—terció Olsson, que no perdía ocasión de zaherir a su contrincante.

—Oye—advirtió Valdemar, un tanto molesto—. Si tienes alguna otra idea graciosa, ¡dila de una vez! Porque ahora hemos de divertirnos, ¿no te parece?

—¡Claro que sí!—reconoció Helga—. Ahogaremos las penas.

—Muy bien—dijo Valdemar—, esta noche que aun estamos juntos, hay que reír y beber, ¿no es eso?

—Había guardado estas botellas para otra fiesta —rezongó Helga, tristemente—; pero...

—Pero esta vez no hubo boda, Mortenson—cortó Rosa con la peor intención del mundo.

—¿Boda?—preguntó Olsson, extrañado—. ¡Caramba!

—Cuando se celebre, Mortenson, habrá fiesta de verdad —afirmó Valdemar con alegría—. Ustedes serán mis invitados de honor y el coronel también, naturalmente.

—Tú te figuras—repuso Olsson—que vas a tutearte con el coronel. Pero ya verás. Yo conozco a esos personajes.

—¿Que tú los conoces? ¿Pero qué sabes en realidad de ese mundo?

—He estado en sitios en los que tú nunca pondrás los pies —aseguró Olsson con toda seriedad.

—¡Serán sitios con rejas en la ventana!—repuso Valdemar, bromeando.

—Oye, muchacho —atajó Olsson, incorporándose amenazador—. ¿Sabes lo que has dicho?

—¡Tranquilidad y silencio!—recomendó Helga.

—Sí—corroboró Rosa, brindando su copa—. Y a la salud de todos.

—¡A vuestra salud!—exclamó Valdemar. Y luego a Olsson, sin darle importancia—: ¡Oye, dejemos los cuchillos para otra vez! ¿No te parece, Olsson?

—Valdemar—comentó Rosa, admirada—, tú no tienes miedo de ti mismo.

—¿Crees quizás que lo tengo yo?—preguntó siniestro Olsson, creyéndose aludido—. ¡Cuidadito!

—Me parece que Olsson está celoso—dijo Rosa, riendo hipócritamente.

—Oye—reconvino Helga, a punto de saltar—, tú no estás en tus cabales.

—¿Que no estoy en mis cabales?—gritó, airada—. ¡Ocúpate

de tus cosas! ¿A ti qué te importa?—preguntó, arrojándose miserablemente a Valdemar.

—De ningún modo—afirmó éste.

—¿Lo ves?—dijo Rosa, triunfante.

Helga estaba fuera de sí. Aquel comportamiento en su propia casa era insufrible.

—¿Os callaréis de una vez?—profirió—. ¡Quédate con Olsson!

—¿Cómo?—preguntó ofendida Rosa.

—Si no te portas decentemente bajo mi techo, puedes largarte—aseguró Helga sin ambagos.

Valdemar acudió al quite.

—Mortenson, tranquilízate. No ha hecho nada malo.

—¡Te quiero para mí sola!—exclamó con sinceridad—. ¡Por lo menos esta noche!

—Sí, aprovéchate mientras puedas—silbó Rosa, hiriente.

—Oye...—amenazó Helga sin miramientos.

—¡Hay que ver qué hipócrita eres!

Olsson intervino.

—¡Callate de una vez!

Cuidado con lo que dices, Rosa... Ya sé lo que pretendes—avisó, haciendo un gesto significativo.

—¿Qué pretendo?—preguntó, soliviantada. Y añadió, dirigiéndose a Olsson—. ¿Y permites que digan eso de mí?

—La culpa no es sólo de Rosa—aseguró con rencor—. Valdemar podría dejarla en paz. ¿Crees que puedes conquistarlas a todas porque vas a ser mozo de cuadra en casa de un conde?

Aquello era más de lo que podía soportar la paciencia de Valdemar. Se levantó con gesto decidido y ordenó a Olsson, amenazador:

—¡Tú a callar, o de lo contrario...!

—No vais a pelearos por esa miserable—atajó Helga, roja de ira.

—¿Miserable yo?—exclamó la aludida, arrojándose sobre Helga. Se enzarzaron—. ¡Suelta! ¡Miserable!

—¡Sal del coche!—ordenó Mortenson.

—¿Nos echas?

—Sí; tú, Olsson, puedes acompañarla—afirmó Valdemar, decidido a cortar aquella situación como fuera.

—Me iré cuando me convenga. No me dejes mandar por mozos de cuadra.

Valdemar no esperó más; se arrojó sobre él y de un puñetazo le derribó. Cristales rotos, mesas derribadas, cortinas hechas jirones; he aquí el balance de los tres minutos que emplearon Helga y Valdemar en desalojar a los huéspedes del carramató.

—¡Canalla! ¡Sinvergüenza!—se oyó la voz de Rosa que se desahogaba fuera.

—¡Gracias!—fué la agria respuesta de Valdemar.

Se sentaron de nuevo. Estaban jadeantes.

—¡Gentuza!—profirió Valdemar con desprecio.

Helga lo miró con extraños ojos. Luego, con tristeza y amargura, confesó:

—Sí, somos gentuza. Y ahora mejor que nunca comprendo que quieras marcharte.

Valdemar recogió la alusión y quiso consolarla.

—Tú no eres de la misma madera que éstos. Nos volveremos a ver, ¿no?—preguntó tras una pausa.

—¡Pronto me olvidarás!—aseguró Helga, que tenía un nudo en la garganta—. Además, no vamos a prometernos nada ni tú ni yo. No se sabe lo que puede suceder...

—¿Y qué es lo que puede suceder, Mortenson?

Helga calló. Y ante su silencio, Valdemar se acercó y tomandole las manos, le explicó:

—¡Ven acá! Debes comprenderlo, tengo que aprovechar esta ocasión. ¡Seguir adelante!

—No sé cómo podré vivir sin ti...—confesó Helga con los ojos húmedos del dolor.

—¡Oh, tú tan valiente!—estimuló Valdemar—. Podremos escribirnos. Pero prepárate: yo escribo, más o menos con la misma corrección que un elefante toca el piano.

—Entonces, escribirás bien en comparación conmigo—afirmó Helga, intentando sonreírse a través de las lágrimas.

No pudo más y rompió a llorar desconsoladamente.

EL HIJO PRODIGO

Cuando Valdemar entró en el vestíbulo del palacio del coronel, la primera cosa conocida que encontró fué a «Claude», el perro lobo, que se arrojó a él con expresión de reconocimiento y simpatía. Dejó la maleta en el suelo y le acarició afectuosamente.

—¡Ah, tú ya me conoces! Tú y yo seremos buenos amigos.

La camarera que le abrió la puerta, le advirtió:

—El coronel no está. No volverá hasta la noche.

En aquel instante apareció Hagberg.

—Señor Moreaux, ¡Bien venido, señor Moreaux!—saludó efusivamente.

—Gracias, muchas gracias—contestó Valdemar, incorporándose—. Ya me lo han dicho.

—¿Ah, sí? ¿Ya se lo han dicho?—preguntó Hagberg, haciendo ademán de coger la maleta.

Valdemar le apartó con suspicacia:

—No, no, déjelo... No contiene nada de particular; pero no quisiera perder lo poco que hay.

—Solamente quería ayudar al señor Moreaux—se excusó Hagberg, desconcertado.

—Muchas gracias, ¡No faltaba más!

—¡Hum!, sí; pero...—rezongó el mayordomo sin darse por vencido. Realmente no hacía sino cumplir con los deberes de su cargo.

—¡No! ¿Qué tonterías?

Hagberg hizo un gesto de resignación.

—¿Desea el señor Moreaux ver primero sus habitaciones?

A Valdemar aquel trato le sonaba extraño y ridículo. No obstante, recalcarlo irónicamente sus palabras, afirmó:

—¿«Sus habitaciones»? Sí, claro está. El señor Moreaux desea verlas.

Subieron unas escaleras. Hagberg se empeñaba en hacer pasar delante de él, como ordenaba el protocolo.

—Tenga la bondad, por aquí, señor Moreaux. Tenga la bondad, señor Moreaux.

—¡De ningún modo!—se resistió Valdemar con rústica cortesía.

—Le aseguro que...—balbuceó el mayordomo sin saber qué hacer.

—¡Déjese de tonterías!

De nuevo se les planteó el mismo problema frente a una puerta. La discusión tomaba un tinte cómico extraordinario.

—Pase usted, señor Moreaux.

—De ningún modo—aseguró Valdemar—. Usted tiene más años. ¡Ni hablar de eso!

—Tenga la bondad, señor Moreaux—insistió Hagberg.

Valdemar se impacientó y cogiéndole de un brazo le empujó:

—¡Ya me empieza usted a cañar! ¡Vamos!

Llegaron por fin a las habitaciones que le habían destinado. Valdemar se quedó estupefacto; se trataba de dos salones fastuosamente amueblados y decorados, con ventanales a la fachada principal; un dormitorio, una sala de estar, calentada por una primorosa chimenea y un cuarto de baño último modelo.

—¡Estupendo! Permitame una pregunta—dijo, depositando la maleta en el suelo y dando vueltas a la habitación con asombro—. ¿Todas las habitaciones de los caballeros son de este estilo?... ¿Es ésta quizás la más mezquina?

—Sólo un par de habitaciones para huéspedes—explicó el mayordomo—, de las cuales desea el coronel que disponga el señor Moreaux... por ahora.

Hagberg tomó la maleta y Valdemar se la arrebató con una cierta violencia.

—No, no, deje eso. Ya se lo he dicho—reprendió.

—Solamente quería ayudar al señor Moreaux a abrir la maleta.

Valdemar se encaró con él intentando persuadirle:

—En primer lugar, no necesito ayuda. Y además, estoy cansado de tanto «señor y señor Moreaux». Me llamo Moreaux a secas.

—Naturalmente, señor...—admitió Hagberg. Se mordió los labios—. Perdona. Este es el dormitorio.

—Oiga...—comenzó Valdemar.

—Aquí tiene el cuarto de baño—prosiguió el mayordomo sin hacerle caso.

A Valdemar le parecía todo aquello una broma demasiado pesada.

—Pero, ¿es que se burla usted de mí? He venido por un empleo de la cuadra, ¿lo ignora usted?

—Sigo solamente las órdenes del coronel—respondió Hagberg imperturbable.

—Lo habrá usted entendido mal—insistió Valdemar, dudando de todo.

—Nunca, señor. ¡Hum!...—carraspeó: de nuevo había fallado—. Perdona.

—Esto me parece absurdo—dijo al fin Valdemar, cogiendo su maleta y marchando hacia la puerta—. Aquí no me quedo.

Hagberg se interpuso, deteniéndole en su camino.

—Señor Moreaux, señor Moreaux—llamó implorante—. Yo no soy más que un criado y como tal no me incumbe dar explicaciones.

—¿Explicaciones? — preguntó Valdemar en el colmo de la exasperación.

—... pero estoy convencido—prosiguió Hagberg sin deponer



—Eva, esta escopeta de dos cañones no te favorece.



—¡Árritla, peruzosa, y tomaris una buena taza de café, que ya está hecho!



—¿Mi dirección? Camino del Amor, 184, besos a través de la reja.



—El coronel quiere verle a las doce y debo advertirle que no está acostumbrado a esperar.



—¿Así, pues, camaradas,
de acuerdo, Valdemar?



—¡Largo del carronata!



—No, sólo soy yo. Valdemar, no.



Ingrid Bergman protagonista de su gran creación DESTINO.



—Eva, eres tan diferente a las mujeres que he tratado.



Ingrid Bergman en un momento de descanso de la película DESTINO acariciando a su fiel amigo «Topsy»



— Perdóname, Eva!



—¿Qué, preparado para el viaje?



Eva quedose pensativa.



—,Vamos a darle la sorpresa esta noche!



—Este es el buen camino.



—¡Actual!

su actitud— de que al coronel le sabría muy mal haber matado en vano la ternera cebada.

Valdemar rompió a reír ante la sarta de incongruencias que estaba oyendo:

—¿La ternera cebada? ¿Por ventura soy el hijo pródigo?...

Hagberg bajó la vista al suelo avergonzado, con la expresión de quien acaba de revelar un secreto. La risa dejó paso al asombro en el semblante de Valdemar. Aquello era inaudito.

—¿Cómo?—exclamó, sacudiéndole por los hombros—. ¡Diga algo! ¿Qué pasa? ¿Qué sabe usted? ¡Hable!

Hagberg meneó la cabeza como arrepintiéndose y al fin dijo:

—Señor Moreaux, he servido al coronel durante treinta años. Con anterioridad, mi padre ya había estado a las órdenes del general De Brede... y nunca hemos faltado a su confianza.

Valdemar comprendió y desistió de proseguir el interrogatorio. Tan sólo preguntó:

—¿Cuándo volverá el coronel?

—Para la cena, a las seis.

Y diciendo esto, con una leve inclinación, dió media vuelta y se marchó.



Cuando después de dar mil vueltas al asunto, Valdemar bajó al vestíbulo, el coronel De Brede acababa de llegar y le saludó con gran deferencia:

—¡Buenas tardes, señor Moreaux!

—¡Buenas tardes, coronel!—respondió Valdemar.

—¡Bien venido!

—¡Gracias!

—Siento no haberle recibido cuando llegó—dijo, despojándose de la gabardina y el sombrero.

—¡Oh, por Dios!...—excusó Valdemar.

—Pero espero que Hagberg se habrá ocupado de usted—añadió cortésmente De Brede.

—¡Desde luego, coronel!

En aquel momento, Hagberg anunció:

—La cena está servida.

—Gracias, Hagberg—dijo el coronel—. Vamos, pues, a comer. Espero que no tendrá usted inconveniente en cenar conmigo.

—No, señor, no—aseguró Valdemar, un poco cohibido—. ¡Muchas gracias!

—Vamos, pues—invitó De Brede, añadiendo al ver que no se acababa de decidir—: ¡Tenga la bondad!

—Gracias, pero...—dudó Valdemar—. Perdóne, coronel, pero me gustaría mucho...

—Sí—cortó el aludido, adivinando sus palabras—. Ya comprendo lo que quiere decir. Usted desea una explicación... Pero una regla antigua prohíbe mantener conversaciones demasiado serias durante el ágape. ¿No es verdad, Hagberg? De manera que comeremos primero y discutiremos después. ¿No le parece?

Aquella soberana razón convenció a Valdemar, que se decidió por fin a entrar en el comedor.

Terminada la comida se trasladaron al salón. Encendieron sendos cigarrillos. La situación era un poco embarazosa y ninguno de los dos parecía decidido a romperla. Por fin, el coronel, tras de dar unas nerviosas chupadas a su pitillo, comenzó:

—Sí, tendré que darle una explicación; pero verdaderamente no sé cómo empezar.

—Quizás pueda ayudar al coronel.

Pausa. De Brede se quedó un poco sorprendido. Después Valdemar prosiguió:

—¿Es el coronel el caballero de los billetes?

—¿Qué le induce a creer eso?—preguntó el interpelado con vivas señales de turbación.

—Como fui recibido aquí tan...—explicó Valdemar—. Quiero decir que lo de la cuadra seguramente no es más que un pretexto.

El coronel bajó la vista abatido.

—Tiene usted razón. Soy ese caballero.

Nueva pausa embarazosa.

—Es ésta una situación un poco extraña—resumió Valdemar.

—Y no lo es menos para mí—agregó De Brede—. Pero la salvaremos lo mejor posible. Todavía quedan algunas cuentas por saldar.

—¡De ningún modo, coronel! Vine solamente por un empleo, pero comprendo que no le conviene. ¡Está bien! Tendré que buscar otra cosa.

—No, nada de eso, venga conmigo.

Lo arrastró al balcón.

El panorama que desde allí se divisaba era majestuoso: amplias praderas, bosques en el límite y al fondo, difumadas en el horizonte, las montañas con sus crestas nevadas. Uno de los paisajes que el celebrado Knut Hansum nos ha pintado con sus soberanas pinceladas.

—Venga, sí, venga—prosiguió el coronel, entusiasmado—. ¡Mire usted! Todo lo que usted ve pertenece y ha pertenecido, generación tras generación, a nuestro linaje. Nuestro nombre está unido a estas tierras. Yo era el último; lo creía... y lo lamentaba mucho... Pero ahora todo ha cambiado. ¿Comprende usted todo lo que significa todo esto? Aquí está su tarea.

El asombro dejó a Valdemar boquiabierto.

—¿Quiero decirle el coronel que yo...?—balbució.

—Sí, eso quiero decir—prosiguió Magnus con los ojos abiertos por la alegría y la voz quebrada por la emoción—. Quisiera que usted empezara donde yo terminé. No sólo es un deber, es un deber de mí..., de nuestro nombre.

—No, no—negó cazarro Valdemar—. Usted ha puesto demasiada confianza en mí. No me veo con capacidad para ello.

—La tendrá—aseguró el coronel—. Con un poco de buena voluntad por ambas partes, todo saldrá a pedir de boca. Ya no temo por el porvenir. La primera vez que nos vimos me dijo usted que nunca había echado raíces en parte alguna. ¡Quizás porque era aquí donde debe usted arraigarse! Y el día que así lo

sienta usted, mi vida tendrá un objetivo, una misión... y yo tendré un hijo.

Valdemar, aturdido por la sorpresa, no acertó a decir sino:

—¡Caramba! Así de golpe y porrazo... todo eso. Tendré que pensarlo detenidamente, con calma y tranquilidad.

—Naturalmente—corroboró el coronel, dándole una palmada cariñosa—. Piénselo sin precipitación y después venga a verme y cuéntame el resultado.

UN VIAJE DE RECREO

Desde aquel día comenzó para Valdemar una nueva vida de perspectivas insospechadas. Fiestas, banquetes, recepciones, bailes...: en una semana se impuso en su nuevo ambiente. Y no le fué difícil, pues dada su adaptabilidad social y su carácter abierto y jovial, se amoldó casi perfectamente sin tener que vencer demasiadas resistencias internas.

Emprendieron un viaje de recreo; a bordo de un precioso yate, de modernísima línea, lleno de comodidades, hicieron la travesía del Mediterráneo, tocando numerosos puertos. Lyon, Nápoles, Atenas, San Juan de Acre, El Cairo..., en todas cuantas ciudades visitaron descendió del barco para recorrerlas, acompañado de Eva. Visitaron en Lyon, el astillero; en Nápoles, el cementerio de Staglieno; en Atenas, la Acrópolis; en San Juan de Acre, la fortaleza; en El Cairo, las pirámides... Eva puso a contribución toda su extraordinaria cultura y Valdemar tuvo que escuchar una porción de cosas que, si bien no le interesaban grandemente, le proporcionaron ese barniz cultural indispensable para entrar en la alta sociedad.

Una tarde calurosa del mes de julio, cuando regresaban ya

del viaje, dirigiéndose a Malta, se organizó un gran baile. Valdemar apenas bailó. Eva se mostraba, sobre todo en los últimos tiempos extraordinariamente esquiva, sin que él pudiera adivinar la razón de aquel desvío. Le huía, y cuando, obligada por las circunstancias, hablaba con él, su conversación era glacial. El coronel, que tenía sus proyectos, no vela esto con buenos ojos.

—¿Qué, Valdemar, te ha gustado este viaje?—le preguntó Magnus cuando se quedaron un momento solos al lanzarse a la pista de baile sus acompañantes.

—Sí—contestó el aludido—. Dicen que los viajes son muy instructivos y siempre se aprende algo.

—Pero como tú has viajado tanto...

—Sí; pero nunca en clase de lujo como turista—replicó Valdemar.

—De todos modos, nunca habías viajado en compañía de una «cicerone» tan joven y tan bella.

—No, desde luego. No me figuraba que pudiera haber tanta cultura en la cabeza de una joven—aseguró, eludiendo la indirecta—. Espero poder digerir toda la sabiduría que me ha inculcado.

—Sí—afirmó Magnus, inclinándose confidencial—. Eva es una muchacha extraordinaria y podría llegar muy lejos si... si no se interpone algún hombre.

—No creo que la señorita Beckman piense en ello.

Magnus de Brede hizo un gesto de asco y dijo:

—Eso es precisamente lo fastidioso del caso. No comprendo a la juventud de estos tiempos. ¿No sabe enamorarse?

—Sí—repuso su hijo—, pero la juventud difícilmente se enamora por órdenes de nadie.

—¡Órdenes, órdenes!—refunfuñó el coronel—. Sí, confieso que en alguna ocasión me he dejado llevar por ciertas esperanzas... Parecéis dos trozos de hielo que no se derriten ni siquiera en estas latitudes. ¡Historia de la cultura! ¡Cuando uno está rodeado de fiestas, bailes y el Mediterráneo! Yo, verdaderamente, no os comprendo.

—Pues no es difícil de comprender; no nos queremos...

—Sí, sí; pero eso no impide que tal vez algún día... ¡No quisiera perder las esperanzas, Valdemar!

En aquel instante terminó la pieza musical y las parejas regresaron a su sitio. El señor y la señora Krogle (que celebraban sus bodas de oro), el coronel Roberts y Eva se sentaron en torno a la mesa que ocupaban Magnus de Brede y su hijo.

—¡Magnífico!—comentó la señora Krogle, abanicándose—. Muy buenas tardes, señor Valdemar. ¿No le gustaría bailar? Me parece maravilloso, ¿no? ¡Qué calor más espantoso!... Y ¡vaya ejercicio para ciertas personas! Verá usted, mi marido perdió cinco kilos en nuestra última gira por el Sur.

—Sí—asintió el señor Krogle, satisfecho—. Tres kilos con el tango y dos con el vals lento.

—¡Admirable!—comentó el coronel Roberts.

—¿Alguno de los señores quiere ofrecirme un cigarrillo?—rogó la señora Krogle.

Todos echaron mano de sus pitilleras y aparecieron simultáneamente cuatro cigarrillos.

—Tenga la bondad—dijo Valdemar, ofreciéndole el suyo.

—No, muchas gracias. No me atrevo a favorecer a ninguno de ustedes. Será mejor que me abstenga.

—Señora Krogle—solicitó Valdemar—. ¿Me permite usted el próximo baile?

—Muchas gracias—declinó la oferta—. Pero será mejor que por esta vez descanse. Me flaquea el corazón... Allí tiene usted una joven que no necesita preocuparse por su corazón—añadió, indicando a Eva.

—Yo no tengo corazón, señora Krogle—replicó Eva—. Justamente estaba contando al coronel Roberts que lo perdí en Egipto. Se quedó como un jeque.

—Entonces, yo en su lugar, joven—aconsejó la señora Krogle—, trataría de recuperar lo perdido.

Valdemar se encontraba un poco molesto. Al fin se decidió a sacarla a bailar.

—¿Me permite usted?—suplicó.

Eva se levantó, disimulando a duras penas su disgusto. Tocaban el «Vals Triste» de Sibelius, su compatriota. Pero nada podía animar el gesto frío de Eva.

—¡Qué monísima es!—comentó la señora Krogle al verlos bailar—. Hacen una pareja encantadora su hijo y la señorita Beckman.

—Parecen hechos el uno para el otro—corroboró el señor Krogle.

—Sí, verdaderamente—asintió Magnus con un cierto dejo de tristeza.

A Valdemar le hacía la impresión de estar bailando con una estatua.

—Cuando baila, ¿siempre está usted tan callada?—preguntó.

—Depende de con quien bailo.

—Nunca la hubiera molestado, si la señora Krogle no... Pero podemos terminar.

—No me opongo—replicó Eva, desenlazándose—. Podríamos salir a respirar el aire fresco.

Salieron a cubierta. La luna rielaba en un mar tranquilo y la brisa azotó suavemente sus rostros. Eva se apoyó en la barandilla y extravió su mirada en el horizonte. Valdemar sacó su pitillera y ofreció:

—¿Un cigarrillo?

—No, muchas gracias...

Valdemar encendió el cigarrillo y se apoyó junto a ella sobre la barandilla.

—Dígame con franqueza, ¿por qué se muestra usted tan arisca cuando está a solas conmigo? No me refiero a cuando visitemos museos y ruinas y cosas semejantes, pero cuando... así... como ahora.

—Si usted se empeña en saber la verdad...—confesó Eva—. Me siento molesta.

—Señorita Beckman. Nos conocemos desde hace medio año y sin embargo, apenas si sabemos nada el uno del otro. No la

comprendo a usted... Usted debe tener algún motivo para... para detestarme de esa manera, ¿la he ofendido en algo?

—Usted conoce perfectamente el motivo.

—No tengo la menor idea —aseguró Valdemar con sinceridad.

—¡Mentira! Usted conoce tan bien como yo los proyectos del coronel respecto a nosotros dos.

En la mente de Valdemar se abrió paso la luz.

—¿Quiere usted decir... que quiere casarnos? — preguntó, sonriendo.

—¡Ahí está la explicación!—afirmó Eva.

—¿Nada más?

—¡Nada más! No se puede usted imaginar lo que me fastidia... No me gusta ni me interesa y por ello soy como soy.

—¡Ah, claro!—exclamó Valdemar, riendo a carcajadas.

—¿Se ríe usted de mí?—preguntó Eva, ofendida.

—¡Oh, no... de nosotros! Aquí estamos sulfurándonos... porque un señor, con la mejor intención del mundo, se ha propuesto casarnos. Una cosa en la cual ninguno de los dos jamás había pensado.

El rostro de Eva se iluminó de sorpresa y de júbilo.

—Entonces...—balbuceó—. ¿Quiere usted decir... que a usted tampoco le entusiasma?

—¡Claro que no! Yo no estoy enamorado de usted. ¿Es que alguna vez he demostrado lo contrario?

—No, claro que no; pero...

—Bueno, entonces...

Ninguno de los dos sabía qué decir. Eva, feliz por el nuevo aspecto que tomaban las cosas, exclamó:

—¡Qué noche tan maravillosa! Es gracioso, hasta el mar me parecía idiota...

—A mí me pasaba exactamente lo mismo, pero ahora, quizás podamos contemplar la vida desde un punto de vista más apacible... como buenos camaradas...

—¡Y yo que creía que usted no podría ser camarada!—exclamó Eva, riéndose de su propia estupidez.

—¿Por qué no, señorita Beckman?

—No sé, creía...—empezó. Aceptó el cigarrillo que Valdemar le ofrecía—. Gracias. ¿Así, pues, camaradas? ¿De acuerdo, Valdemar?

—Gracias, Eva.

Estrecharon sus manos efusivamente.

—Qué hermosísima música tocan ahí dentro—dijo por fin Valdemar—. ¿Vamos a bailar?

—Sí, con mucho gusto. Pero a condición de que...

—¿De qué?

—No plantarme en mitad del baile—terminó, sonriente.

—¡Claro que no...!

EL CHOQUE DE DOS ALMAS

De regreso en Suecia, la vida se hizo para Valdemar algo monótona. La personalidad de Eva no era bastante para satisfacer su espíritu. Llegó un momento en el que la camaradería se hizo casi insostenible.

Un día salieron a cazar al pantano. Era uno de los deportes favoritos de Eva. Valdemar no sentía el atractivo del juego y se contentaba siempre con acompañarla.

Aquella tarde no hubo suerte. Eva no cobró ni una sola pieza. Al fin se sentó desalentada en la proa de la barca en que atravesaban el pantano.

—Esa escopeta de dos cañones no te favorece—gruñó Valdemar.

—Pero a ti que eres tan varonil—replicó Eva irónicamente—, me parece que te favorecería correr por los bosques con un fusil... ¿Es verdad que nunca has cazado?

—Sí, para procurarme comida cuando tenía hambre. Pero nunca como pasatiempo. ¡Sobre todo, creo que no es pasatiempo de mujer.

—Sí—afirmó Eva despectiva—. Ya sé que perteneces a esa

categoría de hombres que consideran que una mujer solamente debe vivir para el «flirt», los vestidos y el matrimonio.

—Sí, a mí me parece así—reconoció Valdemar—. Sobre todo cuando la mujer es joven y bella. Como tú.

—¡Gracias!

—¿No sueñas nunca?—preguntó tras una pausa Valdemar.

—¿Soñar? ¡Oh, sí! Pero nunca como tú te imaginas. Sueño con mi porvenir, con mi trabajo...

—¡Ah, sí!—exclamó ahogando un bostezo Valdemar—. Como economista nacional, quizás como ministro...

—¿Por qué no?—preguntó Eva echando la cabeza atrás—. Podría ser directora de alguna empresa importante... ¡Sueño con ser poderosa!

—¡Nunca en ningún hombre!—insistió Valdemar.

—No.

—¡Nunca en un hogar y en unos hijos!

—¡No!

—¿Es verdad que no piensas casarte nunca?

—Eso no es imposible; si se presentara el caso...

—¿Si se presentara el caso?

—¡Sí! Llegará el día—divagó libremente Eva—en que probablemente hallaré un hombre alto, pulido, de rostro serio y distinguido. Un intelectual frío, como el hielo, inmensamente rico. Y juntaremos nuestras manos enguantadas. Nos casaremos en alguna iglesia antigua y tradicional, a los acordes de la marcha nupcial de Mendelsson. Después nos instalaremos en nuestra casa, que será grandiosa, y en la que nada faltará. ¡Mi marido vivirá en una parte de la casa y yo en la otra. ¡«Voilà»!

—¡Ah! ¿es así como te imaginas el matrimonio feliz?—preguntó Valdemar desilusionado.

—¡Algo por el estilo! Y tú, ¿cómo te lo imaginas? ¿Un paraíso sin serpiente? Un corazón y una choza... y siete hijos y siete hijas. Fe, Esperanza y Caridad desde el altar hasta las bodas de diamante, ¿no?

—¡Algo por el estilo!—remedó Valdemar.

—Bueno—reconoció Eva. Hay muchas clases de matrimonio y muchas clases de amor.

—¡No!—atajó con pasión Valdemar—. ¡En eso te equivocas! No hay más que una clase de amor. El que se apodera de uno de tal modo que nos ata de pies y manos. ¡Pero ese tú no lo conocerás nunca!

—Y tú, ¿has conocido ese... gran amor?

—¡Tal vez sí... tal vez no!—exclamó Valdemar con amargura.

—¡Vamos a casa, Valdemar!

—Sí, vamos.

Atracaron. Valdemar ayudó a bajar a Eva. Cuando estuvieron en tierra, Valdemar pasó sus brazos por detrás de ella y le ciñó el talle con firmeza.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, Valdemar!—exclamó extrañada de su conducta, intentando desasirse.

Valdemar no cedió. Antes bien, apretó el brazo preguntándole:

—¿Tienes miedo?

—¡No!—exclamó resuelta Eva.

—¿Tienes miedo!—afirmó Valdemar con una sonrisa en los labios—. ¡Te podría besar!

—Contra mi voluntad, supongo que no lo harás—replicó Eva sin perder la serenidad.

—¿Por qué no?

—¡Comprendo!—exclamó Eva, sintiéndose a su merced—. Estás acostumbrado a obtener lo que quieres.

—¡Sí!—afirmó Valdemar con pasión.

—Es una costumbre del tiempo del tiovivo.

La pregunta hirió en lo más vivo a Valdemar, que soltó a la joven apresuradamente.

—¡Difícilmente me perdonarás que me haya criado en un tiovivo!

—¡Eso no!—negó Eva desarrugándose el traje—. ¡Pero que te portes como tal...!

—¡Sí, sí...!—repuso Valdemar sujetando la barca—. Es tiem-

po perdido el tratar de cambiar. Veinte años de vida por las carreteras, en tabernas y cuarteles, no puede uno disimularlos en salones y vestidos de frac. Detrás de todo el lujo, con coche y cuenta corriente en el Banco y un nombre distinguido, sigue existiendo un simple leñador que se llamaba Valdemar Moreaux... En aquellos tiempos en que tenía sensatez y voluntad propia.

Caminaron un rato en silencio.

—¿Piensas abandonarlo todo ahora? —preguntó Eva al fin.

—Será mejor!

—Pues yo creía, Valdemar, que tú no te rendías por nada. Valdemar no respondió.

Cuando llegaron a la finca, Valdemar entró solo en la casa, pues Eva se había rezagado un poco. Le recibió el coronel con los brazos abiertos.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Buenas tardes, Valdemar! Traeréis la mochila llena de patos, ¿no?

Valdemar hizo un gesto negativo. Hagberg contestó por él:

—Me parece que no. La señorita Beckman habrá tenido mala suerte esta tarde.

—¿Y tú diste en el blanco? —preguntó De Bredé a su hijo.

Valdemar estaba guardando la escopeta y respondió un poco agriamente:

—Sólo miré... ¡Como siempre! ¡Es ahora mi tarea!

—¿Qué quieres decir?

—No hago otra cosa que «mirar». No se exige nada más de mí.

—No comprendo —balbució el coronel, extrañado.

—¡Pues que estoy cansado de esta vida de holgazán!

—Lo que tú llamas vida de holgazán ha constituido parte de tu educación, Valdemar. Has leído, has viajado, te has impuesto en muchas cosas que no conocías antes... Pero que ahora te harán falta.

—Buena —convino Valdemar—. Así será. Pero a la larga es un poco monótono. Y si uno no ha nacido para...

—¡Has nacido para ello! —recalcó De Bredé.

—Quizás la mitad de mi persona; pero ¿y la otra mitad? ¿No tiene acaso ningún derecho porque sea inferior?

—La dejaste en el tiovivo, cuando la abandonaste.

—¿Por completo?—dudó Valdemar.

—Si no completamente, ya es hora de que lo hagas.

—Sí. Es posible. Depende de quien sea más fuerte, si Brede o Moreaux. ¿Qué crees tú, Eva?—preguntó a su compañera que en aquel momento entraba—. ¿Qué opinas del que se ha criado en un tiovivo?

Y diciendo esto se marchó hacia su cuarto.

—¿Qué le ha sucedido?—preguntó el coronel a su pupila.

—Está un poco fuera de sí, tío Magnus... En cierto modo es comprensible, ¿no te parece?

—Pero, ¿por qué se ha dirigido a ti?

—Nos dijimos algunas palabras que le han irritado—confesó Eva.

—Bueno, bueno—rezongó Magnus—. Espero que no se interpongan entre vuestra buena... camaradería.

—Temo que sí—fué la lacónica respuesta de Eva.

UNA ESCAPADA

Por una verdadera casualidad se enteró Valdemar que el circo «Lanzberg» visitaba los contornos, y que su antigua compañera, Helga Mortenson, trabajaba en él. Deseoso de evadirse de aquel ambiente que le resultaba hostil, decidió ir a visitarla. Cuando llegó Lanzberg, el propietario del circo (un viejo afable y simpático, de pequeña estatura y ojos vivarachos) le recibió con la mayor cordialidad.

—¿Usted por aquí? Perdona que haya tardado tanto. Sí, la señorita Mortenson ha hablado tantas veces de «su Valdemar», que ha sido para mí un gran placer el saludar a usted, señor Moreaux. La última vez que le vi tenía usted tres años. Pero le recuerdo muy bien. También recuerdo a su tío, el gran payaso Moreaux. ¡Un artista como no había otro entonces!

Valdemar sonrió abrumado por la cortesía del señor Lanzberg.

—¿Tendré que presentarme yo mismo?

—Dispense usted, vuelvo en seguida.

Walter, el domador—un hombre gordo y desarrollado—le detuvo.

—No olvide que soy su mejor número—dijo.

Valdemar se puso a jugar con un cachorro de león que marchaba tras el domador.

—¡Deje eso!—ordenó Walter despectivo—. ¡No es cosa de lechuguinos!

—La gran atracción—explicó Lanzberg sumiso—; capitán Walter y sus feroces leones.

—¿Son todos tan feroces?—preguntó Valdemar irónico. Walter escupió y dió media vuelta.

—Perdón, perdón, señor Moreaux—excusó Lanzberg.

—¿Es siempre tan arisco?—preguntó Valdemar aludiendo al domador.

—Es verdad que no es agradable su trato—reconoció el viejo—. ¡Es terrible!

—Sí, ya sé, pero yo quería hablar con Mortenson, ¿Dónde está?

—En su coche, contando la caja. Yo le guiaré, Mortenson es una buena compañera y mi mano derecha en el negocio. Veniga, yo le acompañaré.

La sorpresa y el regocijo de Helga al contemplar a Valdemar no tuvieron límites.

—¡Valdemar!—exclamó, estrechando su mano con calor.

—Buenos días—saludó éste secamente.

—Buenos días—repitió Helga como un eco.

—¿Cómo estás, Mortenson?

—Como siempre, ¿y tú?

—Gracias, bien.

—¿Qué te trae por aquí?

—Me dijeron que estabas en la ciudad y he venido a verte.

—¿No quieres entrar y sentarte?

—Gracias—dijo Valdemar, tomando asiento.

—Hace mucho tiempo que no has escrito.

—Sí.

—¿Has recibido mis cartas?

—Las he recibido.

Valdemar parecía un autómeta.

—¿Qué sucede, Valdemar?—preguntó Helga angustiada.

—¡Que se lo lleve el diablo!—explotó Valdemar—. ¿Tienes algo de beber, Mortenson? Bueno, es igual...

—¿Qué te pasa, Valdemar?

—¡Esta maldita farsa tiene la culpa de todo!—exclamó, dando un puñetazo en la mesa—. ¡No puedo cambiar! ¿Me encuentras algo diferente?

—Sí, tú oras más alegre—musitó Helga.

—¡Más alegre! ¿Crees que tengo algún motivo para estar alegre? No sé si soy carne o pescado. Me siento como el asno entre dos montones de heno.

—¿Soy uno de los montones de heno?—preguntó Helga tímidamente.

—Sí; tú y toda esta vida.

—¿Quién es ella, la otra?

—¿La otra?

—¿Crees que no comprendo que existe otra? ¿La quieres mucho? ¿Te quiere también?

—¡Ella querer! No sabe lo que quiere decir eso. Esa gente no es como tú y yo. Nosotros tenemos sangre en las venas; para ellos, eso no es «fino».

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé—dijo Valdemar desalentado—. No sé nada. ¡Que el diablo se lo lleve todo!

—Pero tú no eres de los que se achican.

—Tú dices lo mismo. Ella dijo también algo por el estilo: que no me rindiera.

—Y no debes hacerlo.

—Siempre me he portado contigo como un sirvergüenza, Mortenson.

—¡No seas tanto! No nos hemos prometido nada. Que yo te quiera, sin embargo, déjalo para mí. Pero ahora tienes que olvidarme a mí y a todo esto. No podemos compartir tu vida nueva.

Ante aquel rasgo de nobleza y desprendimiento heroicos, Valdemar no pudo por menos de besarla.

—¡Qué bonita eres!

Entretanto, fuera, Lanzberg se encontraba en una pelea con Walter.

—¿Qué busca ése por aquí?—refunfuñaba Walter—. ¿Embargar de nuevo a Mortenson? ¡Que vaya con cuidado!

—Pero tú no tienes nada que ver con Mortenson.

—¡Ya veremos! A ti nada te importa. Tenemos otros asuntos de más importancia que aclarar.

—Pero mi buen Walter...—el pobre Lanzberg sudaba—. ¿Qué tienes que ver con esto?

—Mucho, me debes nueve mil coronas. ¿No es verdad? ¿Cuándo me las vas a pagar?

—Walter, sabes muy bien que por el momento no puedo reunir dicha cantidad.

—Sí, ya lo sé. Y como la Mortenson me conviene en todos los aspectos, pienso asociarme con ella, ¿entiendes?

—¡Tú no puedes echarme de mi propio circo!

Desde hacia un rato Valdemar observaba la escena. Al oír lo que decía Walter se aproximó a ambos.

—¿Que no puedo?—rió, continuando el domador engreído—. ¡Ya lo creo! Si no sueltas el dinero no habrá otra salida. Y respecto a Mortenson ya sabré yo cómo atraérmela.

—Mortenson no se deja atraer tan fácilmente—interrumpió Valdemar—. ¡No tiene tan poca penetración ni tan poco gusto!

—¡Ahora no...!—silbó entre dientes Walter—, pero lo ha tenido.

Valdemar se contuvo de milagro.

—Me ha parecido oír, por lo que ustedes hablan, que hay entre ambos una cuestión de dinero. ¿No puedo hacerme cargo yo de esas deudas?

—¡No se meta usted en este asunto!—gritó Walter exasperado al ver que se le iba la víctima de entre las manos.

—¿Podemos ir a un lugar más tranquilo, donde no haya tanto ruido?—preguntó Valdemar a Lanzberg, sin hacer caso del furioso domador.

—Pero, señor Moreaux...—balbució Lanzberg sin saber a quién hacer caso.

Walter de un empujón apartó al anciano, lanzándose furioso sobre Valdemar.

—Ya te dije que no te metieras en ese asunto—gritó amenazador.

Valdemar fué más rápido. Walter recibió un formidable directo en la mandíbula que le derribó por el suelo.

—Firmaremos un documento—dijo Valdemar como si no hubiera pasado nada.

—¿Habla en serio?—preguntó, creyendo que soñaba, el enternecido viejo.

—Naturalmente—repuso Valdemar al bueno de Lanzberg, al cual se le saltaron las lágrimas de gratitud.

INCOMPATIBILIDAD DE CARACTERES

—Parece que ya es tarde—advirtió Magnus mirando su reloj. Eran las siete y aun no había regresado Valdemar. Eva se entretenía en tocar al piano el «Nocturno número 3» de Chopin.

—Eva—añadió Magnus como hablando consigo mismo—, ya no te quedan más que ocho días. Y cuando vuelvas ya estarás graduada en Filosofía y Letras.

Eva tarareó, regocijada, la melodía que interpretaba al piano. Magnus la miró un poco de reojo y luego murmuró:

—Y después tendrá uno que presentarte como una joven bella y... pedante doctora. ¡Uf!

—La vieja generación no comprende eso, ¿verdad?—preguntó Eva sin dejar de acariciar el teclado.

—No, esa es la verdad—confesó el coronel—, y por eso la antigua generación se va a dormir. Y como no se te puede hablar en serio...

Eva dejó de tocar.

—¡Al contrario!—negó—. No soy tan insensible como para no escuchar la voz de la razón.

—Pues entonces...—comenzó Magnus, decidido a aprovechar las buenas disposiciones de su pupila y sobrina—. Eva, deberías

ser un sostén y un apoyo para Valdemar. Necesita a alguien como tú a su lado. Y, además, supongo que no tendrás nada en contra suya, ¿verdad?

—Nada en absoluto—aseguró Eva—. Es sencillamente que mi razón me dice no.

—¿Y el corazón?

—Es más fácil de persuadir.

—De una razón tan terca, no hay mucho que esperar—dijo ya un poco desalentado el anciano militar—. Buenas noches.

—Buenas noches, tío Magnus.

—¿Te quedas a esperar a Valdemar?—preguntó el coronel desde la escalera.

—Ya veremos. Si no tarda...

—Bueno, buenas noches.

—Buenas noches.

Durante un largo cuarto de hora, Eva prosiguió al piano tocando trozos que recordaba e improvisando mientras, distraidamente, meditaba a su compás. Cuando al fin llegó Valdemar tenía ya una resolución tomada.

—Buenas tardes, Valdemar—saludó cariñosa.

—Buenas tardes—respondió él, sin alma.

—¡Cuánto has tardado! Te hemos echado de menos.

—¿De veras?

—¿Dónde has estado?

—Valdemar quedóse por un momento pensativo y luego afirmó:

—He estado hablando durante un rato con el dueño del tío vivo.

—¿Y el resultado?—preguntó Eva levantándose y acercándose lentamente a su lado.

—¿Te interesa?

—Mucho—aseguró Eva cruzándose de brazos y acomodándose en un mueble.

—Sí, procuraré no rendirme...—dijo Valdemar encendiendo un cigarrillo.

Hubo una pausa bastante larga entre ambos.

—Dime, Valdemar. ¿Por qué quisiste besarme allí, en el pantano?

Valdemar la miró sorprendido, y luego comenzó a hablar con vehemencia y pasión:

—¿Por qué? ¿Debo explicártelo? ¡Porque uno desea besar a la mujer que se... Eva!, ¡eres tan diferente de las otras mujeres que he tratado! ¡Tan diferente en todos los sentidos! No hablan ni piensan como tú... No se mueven como tú... Primero me irritaste, tu superioridad me parecía falsa y fingida, pero después comprendí que eras superior a mí y a todos los demás... Entonces quise parecerme a ti para que me quisieras... Y ahí abajo no pude más. Cuando me marché de aquí esta tarde estaba decidido a no volver... pero en fin, aquí me tienes.

—¿Cómo es eso?—preguntó Eva interesada, arqueando las cejas.

—¡He vuelto otra vez! ¿Significa algo esto?

—Sí—afirmó Eva con aire de triunfo—, que no quieres entregarte. Lo celebro y me satisface, Valdemar. Quizás signifique algo para ti el que no sea yo tan diferente, como crees, de las otras mujeres. Quisiera ayudarte.

—¿Cómo?

—Sí... Necesitas alguien a tu lado. ¿No podrías contentarte conmigo?

—¿Quieres decir como camarada?

—No, como camarada, no. Seré algo más para ti, si tú quieres; tu amiga, tu mujer, tu esposa, la madre de tus hijos. Si, gustosamente lo seré todo para ti, todo; pero no me pidas el amor turbulento que tú sientes.

La expresión de júbilo que reflejó el semblante de Valdemar ante sus primeras palabras cedió ante la decepción al escuchar las últimas.

—Sí, ya sé—dijo remediando las frases que otro día pronunciara Eva—, Nos instalaremos en nuestra casa, que será grandiosa y en la que nada faltará. Tú vivirás en una parte de ella y yo en la otra. ¡Voilà! Pero olvidas que soy un hombre y que tú eres bella. Y que el amor no tiene límites.

—¿Y ha de ser siempre el amor tan impetuoso y apasionado?
—le interrumpió Eva, intentando persuadirle.

—Hablo del amor como yo lo conozco y lo conoce el mundo desde que es mundo.

—¿Del que nos ata de pies y manos para toda la vida?

—Sí.

—¿El amor no tiene también matices?

—Me parece que no—afirmó Valdemar testarudo y convencido.

—Confío en que sí—dijo Eva sin dejarse vencer.

—¿Quién de nosotros crees que tiene la razón?

—El porvenir lo dirá.

La cara de Valdemar se iluminó.

—¿Te atreves, pues, a pesar de todo?—preguntó él impresionado.

—Sí—afirmó Eva cogiéndole suavemente la mano y tirando de él hacia la escalera—. Murió la camaradería. Conozco a uno que se alegrará mucho de nuestro noviazgo. ¿Vamos a darle la sorpresa esta noche? Vamos, Valdemar. ¡Ven!

La alegría del coronel cuando supo la noticia no tuvo límites.

—Mis queridos hijos—exclamó abrazándotes—, no exagero al decir que éste es el día más feliz de mi vida. Pero vamos a ver... ¿No tomaremos un vasito antes de acostarnos? ¿Qué dicen los recién prometidos?

—No tengo nada que decir—aseguró Valdemar sonriente y en el colmo de la felicidad.

—¿Y tú, Eva?

—Debería decir que no... pero digo que sí.

—¿Qué dice Hagberg?

—Que esto ya está servido—dijo el mayordomo presentando la bandeja con tres copas y sin perder su habitual empaque.

—¡Muy bien, Hagberg—repuso brindando—. ¡A vuestra salud, amigos míos, y mi enhorabuena! Ahora, por lo menos, yo me voy a acostar.

—Pero no...—balbuceó Valdemar, que esperaba algo más.

—Nosotros también—atajó Eva cogiéndole del brazo—. ¿No estás cansado, Valdemar?

—Yo no. Nada de eso. Podría velar toda la noche.

—Pero es que yo no te doy permiso—respondió Eva—. La mayoría votamos por el descanso.

—Lo que la mujer quiere...—empezó Valdemar resignado.

—... también lo quieren los hombres—terminó el coronel sonriendo.

—Buenas noches, hijos. Buenas noches, Hagberg.

—Buenas noches, Hagberg—se despidieron Eva y Valdemar. Delante del cuarto de Eva se detuvieron, Eva abrió la puerta lentamente y, apoyándose en el quicio, dijo con dulzura:

—Buenas noches, Valdemar.

—Buenas noches, que duermas bien. Sueña en mí.

—Te lo prometo, ¿Y tú?

—Yo me acostaré aquí fuera, sobre la alfombra. El esclavo detrás de la puerta de su soberana—dijo con énfasis—. De todos modos voy a terminar el cigarrillo.

—Buena suerte—repuso Eva haciendo un gracioso mohín de despedida.

—Buenas noches.

Cerró la puerta tras sí. Valdemar dió algunos paseos en el pasillo mientras acababa, con ávidas chupadas, el cigarrillo. Por fin se detuvo ante la puerta nuevamente y llamó con los nudillos. Eva asomó la cabeza por la puerta entreabierta y exclamó riéndose:

—¡Eres imposible! ¿Qué deseas?

—Pensaba que me dejarías entrar a charlar un ratito.

—¿Crees que puedes fumar aquí dentro?—advirtió Eva abriendo la puerta por completo.

—No, claro que lo apagaré. No hablemos más de ello—dijo entrando.

—Siéntate—invitó Eva recostándose sobre un precioso canapé tapizado en seda.

—Gracias.

Se sentó junto a ella en una butaca.

Hubo un corto silencio embarazoso. Después Eva preguntó:

—¿Sabes en qué estaba pensando?

—No.

—En aquel viaje entre Alejandria y Trieste. Allí te descubrí. Primero nos peleamos; después hicimos las paces sobre cubierta y luego convinimos en ser camaradas.

—Sí — dijo Valdemar sonriendo al recordarlo —; qué tontería.

—Después bailaste conmigo... — prosiguió Eva como soñando — me cogiste muy fuerte, y yo tenía miedo, pero me sentía feliz.

Valdemar la contempló en la apoteosis de su belleza. La noche, embriagadora para los sentimientos, tejea una sutil red de perspectivas. Valdemar sintió latir su corazón ante la proximidad de la mujer amada. Se levantó e inclinándose hacia ella, le preguntó:

—¿Ya no tienes miedo, ¿verdad?

—No — respondió Eva —; sólo soy feliz.

Valdemar, arrebatado de alegría, se levantó y la rodeó por el talle.

—¡Querida!, ¡querida mía! — exclamó ebrio de amor.

Eva sintió un escalofrío de decepción. Vió ante sí la espantosa visión de un porvenir vulgar y arbitrario retratado en los ojos brillantes de Valdemar. Su espíritu frío e intelectual reaccionó secamente contra aquella emoción elemental que agitaba el pecho de aquel joven que no sabía nada de nada...

—¡No, Valdemar, no! — exclamó estremecida.

—¡Eva! ¡Eva! — respondió Valdemar estrechando su abrazo.

—¡Vete, vete! — gritó Eva pugnando por zafarse.

—¡Eva!

—No, no; ¡vete!

La expresión de Eva no podía indicar mayor desilusión y desesperanza.

Así lo vió Valdemar, que, derrotado y triste, la soltó rogando:

—¡Perdóname!

—¿Perdonarte! — exclamó jadeante ella, ¡Lo has estropeado

todo!, ¡todo lo que era bello! ¿Cómo puedo perdonarte? Era feliz, te lo dije... ¡Pero tu amor es tan diferente al mío! Me he dejado engañar y persuadir, pero olvidé al ente vulgar que no conoce la galantería. No, no te acuso. Solamente te compadezco. ¡Vete, vete!

* * *

—Bueno, ya no queda mucho más por decir—resumió Magnus al día siguiente, cuando Valdemar le comunicó la noticia de su definitiva marcha.

—No; temo que no—convino Valdemar—. Me marcho ahora mismo.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Realmente era una situación triste y lamentable. Padre e hijo, en trance de separación, se forzaban por salir airosos del paso.

—Es que...—explicó el coronel con amarga tristeza—. Prescindiendo de lo que sucedió anoche... temo que estemos nosotros, desde el principio, demasiado separados el uno del otro para entendernos. Por mi educación estoy habituado a ver la vida y a los hombres desde un punto de vista... tú de otro. Como soy demasiado viejo para cambiar de opiniones y tú no eres bastante joven para hacerlo... pues creo que la mejor solución será que nos separemos.

—De todos modos—convino Valdemar—, es lo más razonable. El coronel puso demasiada confianza en mí. Ya se lo advertí... si el coronel se digna recordarlo.

—Si lo recuerdo—afirmó tristemente—; pero ¿he pedido algo exagerado?

—Que llegase a ser una copia suya—respondió Valdemar—, pensar igual... obrar igual; ¡no puede ser! Nunca podría hacerlo. Aquí he sido... y soy siempre un extraño.

—¿Lo sientes así?

—¡Ahora más que nunca!

—Había esperado otra cosa—dijo el coronel resignado—. Creí que algún día te sentirías hijo mío. No he tenido, pues, ninguno.

—Y yo, ningún padre. No fué tan fácil como nos lo habíamos figurado. Comprendemos... bueno, como padre e hijo deben comprenderse. Fué en vano que matáramos la ternera cebada.

—En vano quizás, pero no sin sabor bíblico—corrigió De Breda apesadumbrado.

—¡Adiós, coronel!

—Que te vaya bien, Valdemar.

En la puerta se encontraba «Claude». Le dió unas palmadas cariñosas en el lomo, diciéndole:

—Nosotros dos, al menos, nos hemos comprendido.

—¡Llévatelo!—dijo Magnus.

—¡Gracias, coronel!—expresó agradecido por su generosidad.

Al salir tropezó en el vestíbulo con Hagberg, quien le ayudó a ponerse la chaqueta.

—Muchas gracias, Hagberg; pero tendré que acostumbrarme a ponérmela solo.

—Pérdone mi indiscreción—murmuró el fiel criado—; ¿pero definitivamente?

—Deje, sí. Con franqueza, Hagberg. ¿No cree que será mejor?

—No me incumbe a mí dar mi opinión en este caso.

—No; pero, entre nosotros, ¿no le parece que nunca he estado lo que se dice «en casa», aquí? Diga la verdad.

—Para sentirse verdaderamente en «su casa» aquí como el señor... señor...

—Soy otra vez Moreaux...—interrumpió Valdemar.

—Como dice el señor Moreaux, no basta ni siquiera haber nacido aquí. Cuentan que es menester tres generaciones para saber llevar un frac... ¿Cuántas generaciones se necesitarían, pues, para...?

—Gracias—interrumpió Valdemar—. Creo que nunca hubiera estado satisfecho de mí mismo.

—Si me lo permite —añadió Hagberg con señal de visible emoción—, quisiera decirle que... que... como huésped y como persona, de todas maneras echaré mucho de menos al señor Moreaux.

—Muchas gracias. ¿No dice usted eso a todos los huéspedes que pasan por aquí?—preguntó bromeando Valdemar.

—No —respondió Hagberg con seriedad—; a nadie, señor Moreaux—añadió.

—Gracias, gracias. Adió.

EPILOGO

Del interior del carromato salía un agradable tufillo de comida a medio hacer. Una voz femenina llamó desde dentro:

—¡Valdemar! ¿Vienes pronto?

—Sí, sí, allá voy...—contestó una voz varonil—. Bueno—añadió dirigiéndose a un hombre que tenía todo el aspecto de empresario circense—, dentro de un par de días, todo estará arreglado. ¡Buenas noches!

De un salto subió las escaleras que conducían a la vivienda ambulante. Helga le esperaba.

—Todo listo—dijo al ver la apetitosa cena que tenía ante sus ojos; ¡y el café también!; delicioso. ¡Qué rico estará Mortenson!

—Perdone—interrumpió Helga—. ¿Con quién habla mi señor?

Helga sonrió satisfecha.

—¡Oh, perdona!... señora Moreaux.

—Así está bien—comentó regocijada—. ¡Ven! El café está servido en el gran salón. Dese prisa. Hoy hay pastas frescas y sabrosas. ¡Aprovechemos mientras quedan algunas! ¡Aproveche esta ocasión única! ¡Por aquí, señores! ¡Entren, éste es el buen camino!

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
 Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
 Apuesta de amor . . . Gené Raymond
 Mister Fiesco . . . Gilda Cervi
 Infiltrada en vida . . . A. Nazari
 Aventuras Pamoadour . . . Kate de Nagl

Melodía roja . . . Billy Bigiel
 Cupido sin memoria . . . Ann Sorbent
 María Elena . . . Paula Wessell
 El año zero . . . Clive Brook
 Quimera de Hollywood . . . Joan Fontaine
 Las tres vagabundas . . . Heinz Rühman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Jabó, Tommy de los
 ciclistas . . . Sano
 Tú combalarás de vida . . . M. Redgrave
 Las dos niñas de París . . . C. Berghon
 ¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover
 La última aventura . . . Cary Grant
 Vacaciones para Harvey . . . Mickey Rooney
 Margerite Gautier . . . Greta Garbo y
 Robert Taylor
 Mortal sugestión . . . Ann Harding
 Una chica imborratable . . . Danielle Darrieux
 Bajo manto de la noche . . . Edmund Lowe
 Almas en el espacio . . . M. Redgrave
 Crimen de medianoche . . . Ramón Pereda
 El signo de la Cruz . . . Fredric March
 El asesino invisible . . . Walter Abel
 Los dos pillares . . . Jacques Tuvot
 Pygmalion . . . Leslie Howard
 María Estuardo . . . Kath. Hepburn
 Cuidado con la g. negra . . . Michael Redgrave
 Por la dama y el honor . . . Paul Lukas
 El día que me quieras . . . Carlos Cendel
 El pequeño lord . . . F. Barcelonnes
 Tarzán de las fieras . . . Buster Crabbe
 Albergue nocturno . . . Greta Gynn
 El misterio de Villa Rosa . . . Judy Kelly
 Amador . . . Dolores del Río
 Forja de hombres . . . Mickey Rooney
 La profeta rufianario . . . Gené Raymond
 Los peligros de la gloria . . . James Cagney
 La bella rebelde . . . Ann Sorbent

Pescando fama . . . Don Ameche
 Una mujer imposible . . . Jenny Jugo
 El hombre del Níger . . . Victor Francen
 Extranas en la vida de mis . . . Hugh Sinclair
 Además Harvey Tamberl . . . Mickey Rooney
 Frito dorado . . . Clark Gable
 El secreto del marqués . . . Armando Falcón
 Isma . . . Aza Nozago
 Una hora en Manila . . . Franchot Tom
 La batalla . . . Charles Boyer
 La familia Robinson . . . Fr. Barcelonnes
 La me. de las dos caras . . . Greta Garbo
 Luna Nueva . . . Jean. MacDermid
 La hora radiante . . . Joan Crawford
 Cuando ellas os encusan . . . Mahyrs Douglas
 El viaje de Laura . . . Joan Fontaine
 Una chica se divierte . . . Jean Arthur
 Una mujer enredada . . . Lupe Vélez
 El día 400 . . . George March
 La vuelta del ran . . . Gordón Barker
 El gran jefe . . . V. Mac Laglen
 Cuando los hijos se van . . . Fernando Soler
 Otra vez más . . . Ronald Colman
 Juventud ambiciosa . . . William Holden
 El snapchosa . . . Charles Laughton
 Matrimonio de inconveni-
 niencia . . . Diana Barrimore
 Una chica afortunada . . . Jean Arthur
 La dama del tren . . . Diana Durbin
 Documento Z 3 . . . Isa Miranda
 Zaza . . . Claudette Colbert

3 pesetas

Olivia . . . Kath. Hepburn
 El duque de West Point . . . Joan Fontaine
 El nuevo soro . . . John Carril
 Rutas infernales . . . John Wayne

Hombres intrépidos . . . John Wayne
 Kit Carson . . . John Hall
 La ruta del este . . . Frankie Edwards
 ¿Crimen o suicidio? . . . Paul Kelly

SERIE ESPECIAL

3.50 ptas.

Cuando quiere un magi-
 cano . . . Jorge Negrete
 Así se quiere en Jalisco . . . Jorge Negrete
 Diez Banderas . . . Jorge Negrete
 Perjujo . . . Jorge Negrete
 Jorge Negrete. Biografía «Genio y Figura»

La cámara diabólica . . . Flash Gordon
 El rayo de la muerte . . . Flash Gordon
 La madrina del diablo . . . Jorge Negrete
 Seda, sangre y sol . . . Jorge Negrete
 Sargento York . . . Gary Cooper

Todas las grandes
creaciones de
JORGE NEGRETE
en
CANCIONERO
de



JORGE NEGRETE 1'50 ptas.

El peñón de las ánimas - Cuando quiere un mejicano
Así se quiere en Jalisco - El rebelde - ¡Ay, Jalisco, no
te rajest! y los grandes éxitos Los tres caballeros y Los
últimos de Filipinas, etc.

JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA

Diego Banderas - México de mis amores - Así se quiere
en Jalisco - La madrina del diablo
y todos los éxitos del momento

JORGE NEGRETE y sus nuevos éxitos

Me he de comer esa tuna - Una carta de amor - Perjura, etc.

JORGE NEGRETE, IRMA VILA y TITO GUIZAR

Seda, sangre y sol - Hasta que perdió Jalisco - Qué linda
es Michoacán - Mexicana

JORGE NEGRETE

Cancones mexicanas

Una peseta

JORGE NEGRETE Selecciones

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3'50 ptas.

Cuando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco
Diego Banderas - Perjura - La madrina del diablo
Seda, sangre y sol - Una carta de amor - ¡Ay, Jalisco,
no te rajest!

Genio y Figura (Biografía de JORGE NEGRETE)



CANCIONERO

de  Editorial ALAS

1' - peseta

PEPE BLANCO
ANTONIO AMAYA
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA PUEBLA
CONCHITA PIQUER
RAQUEL RODRIGO
CARMEN MORELL



NEGRETE
JUANITA REINA
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN BEDRO
LOS CLIPPER'S



RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

3'50 ptas.